



El Eco de Cartagena

AÑO XXXII.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 909 2

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street

Las suscripciones y anuncios se reciben exclusivamente en la redacción y administración, calle Mayor 24.

LEGIA JABONOSA

DE

JOSÉ IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGAÑADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGIA JABONOSA DE MIRABET.

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruiz, Dragónes, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Castellini 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Pallas; D. Ginés García Cañavate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Enrique Aragó, Droguería, Duque 17; D. Antonio Conesa, Sta. Florentina 37; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5, y D. Víctor Martínez, Plaza Sevillano, 5.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete y Murcia Fernando Giménez de Baranger, Lizana S, principal, Cartagena.

VIERNES 19 DE FEBRERO DE 1892

VINOS.

Cette 14 Febrero 1892.

Desde los primeros días de este mes viene acentuándose la calma en nuestro mercado de vinos. Las operaciones que se realizan son cada vez menos numerosas, si bien los precios, como puede verse por la nota que acompaña, siguen con poca diferencia los mismos. Los negociantes se muestran perezosos en la confianza de que no ha de pasar mucho tiempo sin que se llegue á un arreglo con España, en cuyo caso creen poder efectuar las compras en mejores condiciones que ahora. Se susurra que varios vapores han salido para Italia con el objeto de traer vino, cuyo artículo está muy barato allí. Se da como segura también la presencia aquí de representantes italianos con el fin de ensayar el envío de las grandes partidas de vinos que tienen sobrantes de la última cosecha.

Se cree no obstante que en la actualidad, dado el enorme stock que existe en vinos españoles y del país, no conseguirán gran cosa. Copra esta que puede ser desagradable noticia, podemos dar otra buena á nuestro comercio vinatero. Parece ser un hecho la ruptura de

relaciones comerciales entre Italia y Suiza creyéndose que para mediados de este mes se aplicará ya á las procedencias italianas la tarifa general suiza.

Dicho mercado puede llegar á ser de porvenir para España y comprendiéndolo así algunas casas de la citada nación ponen ya anuncios haciendo saber que los vinos españoles que se encuentran de tránsito en Francia ó no puedan beneficiar la tarifa antigua tendrán fácil colocación en Suiza.

Apesar de los pocos días que hacen rigen las nuevas tarifas se tocan ya las consecuencias. Algunos artículos de primera necesidad han experimentado alzas más ó menos notables. Las naranjas, higos, avellanas, cacahuetes y otras frutas se han encarecido también.

Varios periódicos que se habían distinguido recientemente por su proteccionismo «enragé» comienzan á lamentarse de los resultados que está dando el nuevo régimen económico. La «Revue vinicole» y otros cantan ya el «mea culpa» y piden reformas urgentes para aminorar los males que sienten venir.

Dado el malestar de la clase obrera en las grandes ciudades y de modo especial en las que como Cette vivían exclusivamente del tráfico de vino, la condenación más enér-

gica del nuevo régimen aduanero no se hará esperar.

ANTONIO BLAVIA,

COLABORACIÓN INÉDITA

LA MISA DEL VIOLIN

El célebre músico madrileño don Elías Pavón, agraciado con el título de marqués de Moraleda, disfrutaba en este mundo de cuantas felicidades puede soñar el espíritu más ambicioso.

Sus especulaciones por atrevidas que fuesen, resultaban siempre coronadas del mayor éxito.

Su influencia en todas las esferas del Estado era incontrarrestable.

En su caja llovían los millones, en su pecho las grandes cruces, en sus oídos las lisonjas, y sin embargo, el marqués de Moraleda, omnipotente y rico como un Crespo, no es completamente poderoso, ni absolutamente feliz.

La explicación de este fenómeno no puede ser más sencilla y al mismo tiempo más original.

Voy á decirla.

El tío Paco, que era un pobre que pedía limosna por la calle, tenía entre sus debilidades disculpables por los años, una muy extraordinaria, la de creerse un violinista á quien se podía oír.

Oyeránle los sordos y aun saldrían perdiendo: de suerte que el tío Paco era capaz de causar á los de oídos despiertos, martirios inacabables.

Y el marqués de Moraleda no era por desgracia sordo, y el tío Paco, había escogido con rematada elección, por teatro de sus conciertos, aquella parte de la calle en que Moraleda tenía su palacio y más aun, aquella parte del palacio en que estaban precisamente las habitaciones del marqués...

Todas las tardes se situaba el tío Paco templando su violín frente á las ventanas de Moraleda para solicitar limosnas á los transeúntes, arrancando al misero instrumento desafinados sonos y todas las tardes apenas chirreaba la primera nota, el marqués pegaba un bote en su sillón gritando con desesperación.

¡Le tendré que matar!

Envióle por primera advertencia al tío Paco un recadito de atención, diciéndole que estorbaba.

El violinista herido en su amor propio artístico respondió, que ya quisieran tes-

tas coronadas el privilegio de oírle como le oía á diario el marqués.

Mandó éste luego á sus criados que le amenazaran con cara feroz para que asustado el músico, levantase al fin el campo y el músico no se asustó.

Recurrió después Moraleda á su influencia con las autoridades municipales para que le librasen de aquel insoportable moscardón, y el tío Paco espantado hoy por los del orden público, volvía al día siguiente ante el palacio de Moraleda á ras-car su violín.

Desesperado ya el marqués logró que le pusiesen á la sombra con notoria arbitrariedad, y el tío Paco camino de la cárcel con su violín bajo del brazo, iba diciendo amenazador y fiero, puesto el pensamiento en Moraleda, «volveré» y efectivamente, á los ocho días le echaron de la cárcel y volvió. La guerra, pues, declarada entre el procer y el mendigo, era una guerra á muerte, una guerra sin tregua ni perdón.

El tiene sus millones, decía el tío Paco, y yo tengo mi violín; veremos quien puede más.

Y hé aquí explicado de manera sencilla porque D. Elías Pavón marqués de Moraleda, dueño de inmensa fortuna, rodeado de explotadores, objeto de lisonjas y de consideración y envidia general, no era completamente feliz.

Había ya anochecido y el tío Paco finalizado su concierto en el lugar de costumbre, esto es ante el palacio de Moraleda se iba á retirar con las escasas limosnas recogidas.

En esto vió salir del portal del palacio á un hombre que antes de poner el pie en la calle miró como receloso en todas direcciones y puso al fin la planta en la acera.

El tío Paco acababa de recoger su sombrero del suelo, donde lo convertía en lucha de limosna, y se lo iba á poner cuando el receloso caballero aquel se le acercó y echándole dos pesetas le dió compasivamente: «Tenga V. esa limosna; buena suerte y acuérdese de mí.» Después montó en un coche de punto y desapareció.

El tío Paco no pudo dormir aquella noche imaginando quien podría ser el caballero misterioso que al salir del palacio de su enemigo, del marqués de Moraleda, le había socorrido de aquel modo, recomendándole afectuosamente que se acordara de él.

Pero al comenzar el día siguiente su

concierto en el lugar de costumbre se le acercó un lacayo del marqués y le dijo:

—Tío Paco ya puede V. ahora, tocar cuanto le dé la gana. El tío de mi amo dió la gran volteta, ha quebrado y anoche se escapó.

—¡Tomás! se dijo el tío Paco, dejando de templar el violín,—pues entonces el caballero de las dos pesetas era el mismo marqués!

La suerte que hasta entonces había sido pródiga con Moraleda se le convirtió en esquiva. Refugiado en París intentó en vano una rehabilitación: cuantos negocios planteaban era otros tantos fracasos, apuró en esa lucha el resto de la fortuna y al fin tras largas fatigas é incontables martirios murió olvidado y miserable en un rincón de París.

Los periódicos madrileños dieron la noticia de su muerte pintando el cuadro de miseria que rodeó los últimos momentos y al leer el tío Paco aquellas tristes líneas se dijo: Ha llegado la ocasión.

Encamihóse á una de las más pobres y olvidadas iglesias de Madrid y una vez en presencia de su rector le dijo:

—Señor cura deseaba que mañana muy temprano me dijese V. una misa de dos pesetas por el alma de un cristiano que acaba de morir y deseaba además que esa misa cuando fuese V. á alzar, yo pudiera tocar el violín.

El cura sorprendido por la pretensión puso algunos reparos pero como el tío Paco le asegurase que aquello era obra de perdón y de caridad concluyó por acceder.

Y efectivamente cuando á la mañana siguiente celebrando la consabida misa, el rector, se dispuso á elevar el cáliz entre sus manos, el tío Paco empujando el violín murmuró con cariñoso acento:—Señor marqués, éste y yo le hemos perdonado todo. Y tocó la marcha real.

El tío Paco asegura que á sus acordes el alma del marqués de Moraleda, purificada por las angustias y martirios de los últimos años, subió al cielo.

Si tal cosa fuese cierta no podría negarse que el tío Paco hizo maravillas con su violín.

JOAQUÍN DE BOURNE

17 Febrero 92

(Prohibida la reproducción.)

UN DRAMA EN NÁPOLES. 127

136 EL ECO DE CARTAGENA.

M. Mertens había hablado en voz baja: la señora del mostrador respondió en alta voz:

—Vuestro hombre está aquí.

—Ah!

—Tenéis algún asunto con él?

—Naturalmente.

—Es aquel que bebe allí en aquella mesa en compañía de dos irlandeses que bajaron ayer á tierra. Buenos borrachos. No es que me queje; esos son los que hacen prosperar el comercio, pero mi cantina no está bastante provista para su tragadero. Dos esponjas, señor, dos esponjas verdaderas son esas gentes.

Los irlandeses de que se trataba, tenían efectivamente una de esas fisonomías que el Punch de Londres ha popularizado en sus caricaturas; no podían decir que tenían semblante, de tal modo estaba el suyo, designado, lleno de granos y encendido; su cara era un mascarón, y Rabelais no hubiera dejado de designarla así.

En su compañía estaba un italiano no solamente mucho más tranquilo, sino también más sobrio; emperifollado con la afectación de un oficial de peluquero, se contentaba con tomar tragos de agua pura, y hablaba un inglés alterado con toda especie de latinismos, en desacuerdo con el carácter de las lenguas romanas.

A este italiano fue á quien se dirigió el coronel, tocándole en la espalda.

—La mañana está buena, ¿verdad?

damente sobre los cristales de las habitaciones lujosas, y que siempre parecen deseosas de toser. Eran moscas espléndidas, bien alimentadas; zumbaban alegremente agrupándose alrededor de las migas de pan, de las manchas de líquido, de los pedazos de azúcar. Comprendían muy bien la falta de poder para arrojarlas de allí, fuese cualquiera la astucia empleada. No había efectivamente ningún medio de esterminarlas; y que Napolitano hubiera pensado en ello? Para una mosca perdida, diez encontradas: Dios mío sí! Los concurrentes habituales de la taberna habían concluido por hacer la parte de las moscas, como en los incendios se hace la parte del fuego: nadie se inquietaba por los ácidos insectos que describían caprichosos meandros en el aire apestado por el humo de los largos cigarros fabricados por la administración italiana.

Al entrar en el despacho de vino, el coronel se dirigió al mostrador en donde se hallaba instalada una enorme mujer, á quien la necesidad de estar siempre sentada, había hecho engordar desde niña. Esta voluminosa persona conocía sin duda al coronel, por que lo acogió con una sonrisa amistosa y haciendo coquetterías.

El coronel no pareció interessarse de ningún modo por este manejo femenino, y dijo algunas palabras incomprendibles al oído de la señora gruesa. Era una palabra de pase? Era que preguntaba alguna cosa? Probablemente lo uno y lo otro.

XIII

El coronel Mertens no había olvidado la promesa que había hecho, de intentar la libertad de Della Porta.

Algunos días después de los incidentes que acabamos de narrar, mademoiselle Paur empezó á inquietarse por los resultados que podría ocasionar la desaparición de Domenico.

Se charla mucho en Nápoles, la ciudad de la renumuración por excelencia, acerca de cualquier acontecimiento; por aquellos días, en todas partes, comentaba la súbita ausencia del banquero. Las señoras que tenían fondos depositados en la casa de Della Porta y C.^a se habían presentada en las oficinas reclamando su dinero, con el que insolente á los acreedores que tenían no ser pagados. Se había suplicado á estas personas que esperasen el regreso del principal, pero al día esto se había insolentado repartiéndose por todas par-